

un amor contrariado que triunfa, para acostumbrarse con el pensamiento á los peligros de una intriga.

Os estimará mucho; os dirá que os ama como se ama á un hermano; que aquella amistad razonable es la única verdadera, la única duradera, y que el matrimonio no tiene más objeto que establecerla entre dos esposos. Comprenderá perfectamente que tiene muchos deberes que llenar y que, por lo tanto, puede pretender ejercer derechos.

Ve con una frialdad que sólo vosotros podéis calcular todos los detalles de la felicidad conyugal. Esta felicidad, que sin duda no le ha agradado nunca gran cosa, y que, por otra parte, tiene siempre á su alcance, la conoce, la ha analizado; ¡y cuántas pruebas pequeñas, pero terribles, prueban en tal caso á un marido perspicaz que aquel ser frágil argumenta y razona, en lugar de dejarse llevar de la fogosidad de la pasión!...

LX

Cuanto más se piensa, menos se ama.

De ahí provienen esas ocurrencias que sois los primeros en celebrar y esas reflexiones que os sorprenden por lo profundas; de ahí esos cambios repentinos y esos caprichos de un alma que permanece en la indecisión. A veces, os muestra una ternura exagerada, cual si se arrepinciera de sus ideas y de sus secretos proyectos; otras, se muestra enfurruñada é incomprensible; en una palabra, cúmplase en ella el *varium et mutabile femina*, que hemos cometido la torpeza de atribuir hasta ahora á su constitución. Diderot (1), llevado de su deseo de explicar estas variaciones casi atmosféricas de la mujer, llegó á atribuirles á lo que él llama la *bestia feroz*; pero lo cierto es que nunca observaréis esas frecuentes anomalías en una mujer feliz.

Estos síntomas, ligeros como la gasa, se parecen á esas nubes que apenas manchan el azul del cielo, y que poco á poco van adquiriendo tintes más oscuros.

En medio de estas solemnes meditaciones, que tienden,

(1) Filósofo y escritor francés, fué uno de los más ardientes propagandistas de las ideas filosóficas del siglo XVIII, y uno de los fundadores de la *Enciclopedia*. Nació en 1713, y murió en 1784.—(N. del T.)

según la expresión de la señora Stael (1), á dar más poesía á la vida, algunas mujeres, en quienes madres virtuosas por cálculo, por deber, por covicción, ó por hipocresía han inculcado severos principios, toman por sugestiones del demonio las devoradoras ideas que las asaltan, y se las ve solícitas acudir á la misa, á los oficios y aun á las vísperas. Esta falsa devoción empieza adquiriendo bonitos devocionarios encuadrados con lujo, con los cuales estas apreciables pecadores se esfuerzan en vano en llenar los deberes impuestos por la religión y abandonados por los placeres del matrimonio.

Sentemos aquí un principio que habéis de procurar grabar con letras de fuego en vuestra mente.

Cuando una esposa joven reanuda de repente prácticas religiosas há tiempo abandonadas, este nuevo género de vida oculta siempre algo que es de gran importancia para la felicidad del marido. De cada cien mujeres, en setenta y nueve, esta vuelta á Dios prueba que han sido inconsecuentes, ó que van á serlo pronto.

Pero hay un síntoma más claro y más decisivo, que todo marido debe conocer, so pena de ser un tonto, y es el siguiente:

Cuando ambos estabais sumergidos en las engañosas delicias de la luna de miel, vuestra mujer, como verdadera amante, hacía constantemente vuestra voluntad. Dichosa por probaros su buena voluntad, que ambos tomabais por amor, ella hubiera deseado que la hubieseis mandado andar por el borde de los canalones del tejado, y acto continuo, ágil como una ardilla, los hubiese recorrido. En una palabra, ella se consideraba muy feliz sacrificando en honor vuestro su voluntad. Se había identificado con vuestra naturaleza obedeciendo á ese voto del corazón: *Una caro*.

Todas estas hermosas disposiciones de un día han desaparecido insensiblemente, y entonces, herida al ver su voluntad anonadada, vuestra mujer procurará reconquistarla mediante un sistema que irá desarrollando gradualmente y con creciente energía.

Este sistema es el de la *Dignidad de la mujer casada*.

(1) Célebre escritora francesa, hija de Necker, que vivió desde 1766 á 1817. Sus principales obras, son: *Delfina*, *Corina* y su libro titulado *De Alemania*.—(N. del T.)

El principio de este sistema consiste en adoptar en vuestros placeres íntimos una reserva y una tibieza que sólo vosotros podréis juzgar.

Según la mayor ó menor fuerza de vuestra pasión sensual, sin duda habréis adivinado, durante la luna de miel, algunas de aquellas veintidós voluptuosidades creadas en la antigua Grecia por aquellas veintidós especies de cortesanas dedicadas particularmente á cultivar esas ramas delicadas de un mismo arte. Ignorante y sencilla, curiosa y llena de esperanza, vuestra joven esposa habrá adquirido algunos conocimientos de esa ciencia tan rara como desconocida, y que recomendamos eficazmente al futuro autor de la *Fisiología del Placer*.

Entonces, en una mañana de invierno, y semejantes á esas bandadas de pájaros que temen el frío de Occidente, vuelan juntas y con las mismas alas, la Felatriz, deidad fecunda en coqueterías que engañan al deseo para prolongar sus ardientes ímpetus; la Tractatriz, venida del perfumado Oriente, donde se honran los placeres que extasían; la Subagitatriz, hija de la gran Grecia; la Lemana, con sus dulces y zalamerías voluptuosidades; la Corintiana, que podía, en caso de necesidad, reemplazarlas á todas, y finalmente, la incitante Ficidiosa, de devoradores y astutos dientes y cuyo esmalte parece dotado de inteligencia. Una sola os queda sin duda; pero llega una noche en que la brillante y fogosa Propetida extiende sus alas y huye cabizbaja mostrándoos por última vez, como el ángel que desaparece ante Abraham, en el cuadro de Rembrandt, los deliciosos tesoros que ella misma ignora y que sólo vosotros podríais haber contemplado con ojo acariciador y haber mimado con mano cariñosa.

Privado de estos matices del placer, de todos estos caprichos del alma, de esas flechas del amor, quedáis reducidos á amar de la manera más vulgar á aquel primitivo é inocente sistema del himeneo, pacífico homenaje que el sencillo Adán rendía á nuestra madre común, y que sin duda sugirió á la serpiente la idea de engañarla. Pero un síntoma tan claro es muy poco frecuente. La mayor parte de los matrimonios son demasiado cristianos para seguir los usos de la Grecia pagana. Por esto hemos colocado entre los últimos síntomas la aparición en el apacible lecho nupcial de esas desvergonzadas voluptuosidades que, la mayor

parte de las veces, son hijas de una pasión ilegítima. En tiempo y lugar oportuno trataremos con más amplitud de este magnífico síntoma. Por ahora examinemos únicamente el caso en que se reduce el síntoma á una negligencia y repugnancia conyugal, que sólo el marido puede apreciar.

Al mismo tiempo que ennoblece de este modo con su dignidad los fines del matrimonio, vuestra mujer pretende tener su opinión como vosotros tenéis la vuestra. «La mujer, al casarse—dirá ella,—no hace voto de abdicar su razón. ¿Acaso son las mujeres realmente esclavas? Las leyes humanas podrán encadenar al cuerpo; ¿pero al pensamiento?... no. Dios lo ha colocado demasiado cerca de sí para que nadie pueda atacarlo.

Estas ideas proceden necesariamente de que la habéis dejado adquirir una instrucción demasiado libre, ó de ciertas reflexiones que la habéis permitido hacer en vuestra presencia. Para esclarecer estas materias, hemos consagrado una Meditación completa á la *instrucción conyugal*.

Después de esto, vuestra mujer empieza á decir: «Mi cuarto, mi cama, mi habitación». A muchas de vuestras preguntas contestará: «Amigo mío, eso no te importa». O bien: «Los hombres tienen su parte en la dirección de la casa y las mujeres la suya». O ridiculizando á los hombres que se mezclan en los asuntos interiores de la casa, dirá: «Que los hombres no entienden nada de ciertas cosas».

Cada día irá aumentando el número de cosas en que no entendéis nada.

Un día veréis dos altares en vuestra capilla, en lugar del único que tenía. El altar de vuestra mujer y el vuestro habrán pasado á ser distintos, y esta distinción irá creciendo, siempre en virtud del sistema de la *dignidad de la mujer*.

Después irá desarrollando las ideas siguientes, que os irá inculcando á pesar vuestro, mediante una *fuerza viva* muy antigua y poco conocida. La fuerza del vapor, la de los caballos, la de los hombres ó la del agua, son buenas invenciones; pero la naturaleza ha dotado á la mujer de una fuerza moral que no tiene comparación con éstas: nosotros la llamaremos la *fuerza de la matraca*. Esta fuerza consiste en una perpetuidad de sonido, en una repetición tan exacta de las mismas palabras, en una coletilla tan completa de las mismas ideas, que, á fuerza de oírlas, llegáis á admi-

tirlas para evitar la discusión. Así, pues, la fuerza de la *matraca* os probará:

Que sois muy feliz en tener una mujer de tanto mérito;

Que os ha honrado mucho otorgándoos su mano;

Que las mujeres ven muchas veces las cosas con más claridad que los hombres;

Que debéis pedir siempre consejo en todo á vuestra mujer y seguirlo en la mayor parte de los casos;

Que debéis *respetar* á la madre de vuestros hijos, honrarla y tener confianza en ella;

Que el mejor modo de no ser engañado es fiarse en la honradez de la mujer, porque, según ciertas rancias ideas que nosotros hemos tenido la debilidad de permitir que se acrediten verdaderas, un hombre no puede impedir que su mujer le *minotaurice*;

Que una mujer legítima es la mejor amiga del hombre;

Que una mujer debe ser dueña de su casa y reina de sus salones, etc.

Los que quieran oponer una firme resistencia á estas conquistas de la dignidad de la mujer sobre el poder del hombre, quedan comprendidos en la categoría de los predestinados.

En primer lugar, promueven altercados, que sus mujeres juzgan siempre como tiranías; y la tiranía de un marido es siempre una terrible disculpa para la inconsecuencia de la mujer. Además, en esas ligeras discusiones, las esposas saben siempre probar á sus familias, á las nuestras, á todo el mundo, hasta á nosotros mismos, que tienen ellas razón. Si, por obtener la paz ó por amor, asentís á los supuestos derechos de la mujer, concedéis á la vuestra una ventaja de que sacará siempre partido. Los maridos, como los gobiernos, no deben nunca confesar sus faltas. De otro modo, vuestro poder quedaría vencido por el sistema oculto de la dignidad femenina; lo habríais perdido todo, y desde ese momento iría de concesión en concesión hasta el punto de arrojaros de su lecho.

Siendo la mujer astuta, ocurrente y maliciosa; teniendo todo el tiempo suyo para pensar una frase irónica, llegaría á poneros en ridículo tan pronto como dieseis ocasión para una disputa acalorada; y el día en que llegara á ridiculizaros sería el último de vuestra felicidad. Vuestro poder expirará en ese momento. Una mujer que se ha reído de su

marido, no puede ya amarle nunca. El hombre debe aparecer á los ojos de la mujer á quien ama como un ser lleno de fuerza, de grandeza, y siempre imponente. Una familia sería imposible sin el despotismo. ¡Naciones, pensad en esto!

La conducta verdaderamente difícil que un hombre debe observar ante acontecimientos tan graves, esa alta política marital, constituye precisamente el objeto de las partes segunda y tercera de nuestra obra. Este breviario del *maquiavelismo* marital, os enseñará la manera de aparecer grandes ante ese espíritu ligero, ante esa *alma de encaje*, como decía Napoleón. Allí aprenderéis la manera cómo un hombre puede mostrar alma de acero, aceptar esa pequeña guerra doméstica, y cómo no puede ceder nunca el imperio de la voluntad sin comprometer su dicha. En efecto, si abdicáis, vuestra mujer os despreciaría por el mero hecho de vuestra debilidad; desde ese momento dejaríais de ser *hombre* para ella. Pero no es llegado aún el momento de desarrollar las teorías y los principios con que un marido puede conciliar la elegancia de sus maneras con la dureza de sus medidas. Bástenos por ahora hacer presente la importancia de esa obra, y prosigamos.

En esta época fatal veréis como procura conquistarse el derecho de salir sola de casa.

Antes erais su Dios, su ídolo; ahora ha llegado á ese grado de devoción en que ésta no es tan intensa que no permita ver los defectos del ser á quien se adora.

—¡Oh! ¡Dios mío!—decía la señora de la Vallicre á su marido—¡qué mal lleváis la espada! El señor de Richelieu la lleva con tanta gracia, que debíais procurar imitarle; tiene mejor gusto que vos.

—Querida mía, es imposible decir de un modo más gracioso que hace ya cinco meses que estamos casados...—repliqué el duque, cuya respuesta se hizo célebre en la corte de Luis XV.

Vuestra esposa empezará después á estudiar vuestro carácter para tener armas con que combatiros. Este estudio, que es en un todo contrario al amor, se hace notar por mil pequeños lazos que ella procurará tenderos á intento y que no tendrán más móvil que el que la riñáis y la maltratéis; pues cuando una mujer no tiene pretextos para *minotaurizar* á su marido, trata á toda costa de crearlos.

Tal vez se siente á la mesa sin esperaros,

Si pasa en coche á través de una población, os indicará con el dedo ciertos objetos para que los observéis, cuando en realidad ni siquiera existirán; cantará sin miedo en presencia vuestra; os interrumpirá en la conversación; no os contestará algunas veces, y os probará de veinte maneras diferentes que goza en presencia vuestra de todas sus facultades y de su libertad de pensar.

Procurará abolir por completo vuestra influencia en la administración de la casa y pondrá los medios para llegar á ser la dueña absoluta de vuestra fortuna. Esta lucha servirá al principio de distracción á su alma vacía de impresiones ó demasiado turbada; después le servirá para buscar en vuestra conversación algún nuevo motivo para ridiculizaros. No le faltarán las expresiones y frases que acostumbran á usarse en estas ocasiones, y ¡cedemos tan pronto los franceses cuando vemos que el prójimo nos sonrío irónicamente!..

De vez en cuando aparecerán las jaquecas y los ataques de nervios; pero dejemos estas cosas que han de ser objeto único de otra Meditación.

En sociedad, os hablará sin ruborizarse y os mirará frente á frente.

Empezará á vituperar vuestros más pequeños actos, por que estarán en contradicción con sus ideas ó con sus intenciones secretas.

No se cuidará tanto como antes de lo que os afecta, ni se preocupará por si tenéis ó no lo necesario. Dejaréis de ser además el término de sus comparaciones.

Imitando á Luis XIV, que llevaba á sus queridas los ramos de azahar que el mejor jardinero de Versalles le ponía todos los días sobre la mesa, el señor de Vivonne (1) daba casi todos los días flores raras á su mujer, durante la primera época de su matrimonio. Una tarde, habiendo encontrado el ramo de flores sobre una consola sin haber sido colocado como de costumbre en un vaso de agua, se dijo: «—¡Oh! ¡si no soy ya minotauro, no tardaré en serlo!»

Salís de viaje por ocho días y no recibís carta ó la recibís con tres páginas en blanco... Síntoma.

Llegáis montado en brioso caballo á quien apreciáis mucho, y mientras soltáis las riendas y dais un abrazo á

(1) El conde de Vivonne, mariscal de Francia y gobernador de Champagne, fué el que retó á los españoles en 1676. (1636 1688).—(N. del T.)

vuestra mujer, observáis que ésta se preocupa por el caballo y por su pienso... Síntoma.

A estos detalles, podéis ahora vosotros añadir otros muchos. En este libro procuraremos únicamente pintar á grandes rasgos, dejando los detalles para vosotros. Según los distintos caracteres, estos indicios, ocultos bajo los accidentes de la vida común, varían hasta lo infinito. Habrá quien descubrirá un síntoma al ver cómo se pone su mujer el chal, cuando otro necesitará recibir un gran desprecio para adivinar la indiferencia de su compañera.

En una hermosa mañana de primavera, al día siguiente de un baile, ó á la víspera de una gira campestre, esta situación llega al último período. Vuestra esposa se fastidia, y la felicidad que se le concede no tiene ya atractivos para ella. Sus sentidos, su imaginación ó quizá los caprichos de la naturaleza, le piden un amante. Sin embargo, no se atreve aún á meterse en una intriga cuyos detalles y consecuencias le espantan. Todavía sois algo para ella; todavía pesáis algo en la balanza, pero muy poco. El amante, por su parte, se presenta en su imaginación adornado con todas las gracias de la novedad, con todos los encantos del misterio. El combate que se libra en el corazón de vuestra mujer pasa á ser ante el enemigo un algo más real y más peligroso. Después, cuantos más riesgos y peligros ofrezca la intriga, más ansía precipitarse en ese delicioso abismo de temores, goces, angustias y voluptuosidades. Su imaginación arde y chispea. Su vida futura colórase en su mente con románticas y misteriosas tintas. Su alma sale del marasmo, internándose en esas intrigas solemnes para las mujeres. Todo se agita, todo se altera, todo se conmueve en ella. Vive tres veces más que antes, y juzga el porvenir por el presente. Las pocas voluptuosidades que le habéis prodigado pleitean en contra vuestra, pues no le incitan tanto los placeres que ha gozado como los que espera gozar. ¿No le presenta su imaginación una felicidad más viva con ese amante que las leyes le prohíben, que con su esposo? Por otra parte, sus terrores le inspiran goces, y sus goces terrores, prefiriendo ese peligro inminente, esa espada de Damocles (1) suspendida por vosotros mismos sobre su ca-

(1) Damocles fué un cortesano de Dionisio el tirano que alababa constantemente la dicha de éste. Dionisio, hombre de talento, se propuso hacer

beza, y las delirantes agonías de una pasión, á esa inanición conyugal peor que la muerte, á esa indiferencia que, más bien que un sentimiento, es la ausencia de todo sentimiento.

Vosotros, que quizá tenéis que ir á expedientear al ministerio de Hacienda, á cobrar letras al Banco, á hacer negociaciones en la Bolsa ó discursos en el Congreso; vosotros jóvenes que tan ardentemente habéis repetido el juramento de defender vuestra dicha, defendiendo á vuestra esposa, ¿qué podréis oponer á esos deseos tan naturales de una esposa?... porque para esas criaturas de fuego, vivir es gozar, y desde el momento en que no experimentan ningún goce, están muertas. La ley en virtud de la cual andáis produce en ellas este involuntario minotaurismo. Decía Alembert: «Esto es una consecuencia de las leyes del movimiento». Ahora bien, ¿en dónde están vuestros medios de defensa?... ¿en dónde?

¡Ay de mí! si vuestra mujer no ha tocado aún la manzana de la serpiente, la serpiente está ante ella; vosotros dormís, y nosotros os despertamos, pues nuestro libro empuja.

Sin examinar cuántos maridos, de entre los quinientos mil á quienes afecta esta obra, han quedado comprendidos entre el número de los predestinados; cuántos se han casado mal; cuántos habrán hecho un *mal estreno* con sus mujeres; y sin querer investigar si en esta numerosa falange hay muchos que puedan llenar las condiciones exigidas para luchar contra el peligro que se avecina, desarrollaremos en las partes segunda y tercera de esta obra los medios de combatir al Minotauro y de conservar intacta la virtud de las mujeres. Pero si la fatalidad, el diablo, el celibato ó la

comprender á Damocles, por medio de una alegoría, la clase de goces y de felicidad que proporciona la grandeza. Un día le invitó á que ocupase su asiento en un festín y ordenó á sus servidores que le tratasen como si fuera él mismo en persona. Damocles reventaba de satisfacción, cuando de pronto, habiendo levantado los ojos, vió suspendida sobre su cabeza una pesada y tajante espada sostenida únicamente por un pelo de crin de caballo. Experimentó tal emoción el sencillo cortesano, que dejó caer la copa que tenía entre sus manos, comprendiendo de aquel modo lo insegura que suele ser la dicha de los tiranos. En literatura úsase la denominación de espada de Damocles para significar el peligro á que está expuesto siempre el hombre en medio de su aparente felicidad.—(N. del T.)

ocasión desean vuestra pérdida, quizá os consolaréis sabiendo buscar el hilo de todas las intrigas y asistiendo á los combates que se libran en todos los matrimonios. Sin embargo, hay gente que tiene un carácter tan feliz, que aun indicándoles el lugar, explicándoles el por qué y el cómo, se rascan la cabeza primero, se frotan las manos después, y terminan dando una patada en el suelo y permaneciendo tan frescos.

MEDITACIÓN IX

EPÍLOGO

Fieles á nuestra promesa, hemos expuesto en nuestra primera parte las causas generales que originan en todos los matrimonios esa crisis que acabamos de describir; y, al mismo tiempo que hemos dejado sentados estos prolegómenos conyugales, indicamos el medio de librarse de la desgracia, mostrando las causas de la misma.

Pero ¿no serían incompletas estas consideraciones primitivas si, después de haber arrojado alguna luz sobre la consecuencia de nuestras ideas, de nuestras costumbres y de nuestras leyes, respecto á una cuestión que abraza la vida de casi todos los seres, no procurásemos establecer, mediante una corta peroración, las causas políticas de esta llaga social? Después de haber mostrado los vicios secretos de la institución, ¿no es necesario intentar un examen filosófico para averiguar cómo y por qué han llegado á viciarla nuestras costumbres?

El sistema de leyes y de costumbres que rige hoy en Francia al matrimonio y á las mujeres, es fruto de antiguas creencias y tradiciones, que no guardan ya relación con los eternos principios de razón y de justicia desarrollados en la gran Revolución de 1789.

Tres grandes conmociones ha sufrido Francia: la conquista de los romanos, el cristianismo y la invasión de los francos. Cada uno de estos acontecimientos ha dejado profundas huellas en el suelo, en las leyes, en las costumbres y en el espíritu de la nación,

Grecia, con un pie en Europa y otro en Asia, recibió la influencia de su clima apasionado al sentar sus instituciones conyugales. Recibió éstas de Oriente, adonde habían acudido sus filósofos, sus legisladores y sus poetas, para estudiar las antigüedades ocultas de Egipto y de Caldea. La reclusión absoluta de las mujeres, motivada por la acción del abrasador sol de Asia, dominó en las leyes de Grecia y de Jonia. La mujer fué confiada allí á las paredes de los gineceos (1). Reducida la patria á una ciudad, á un territorio poco vasto, las cortesanas, ligadas á las artes y á la religión por tantos lazos, fueron suficientes para satisfacer las primeras pasiones de una juventud escasa en número, y cuyas fuerzas estaban, por otra parte, dedicadas á los violentos ejercicios gimnásticos, exigidos por el arte militar de aquellos tiempos heroicos.

Al empezar Roma su real carrera, y habiendo ido á buscar á Grecia los principios de una legislación que podía dar excelentes frutos bajo el cielo de Italia, redujo á la mujer á una completa servidumbre. El Senado comprendió la importancia de la virtud en una república y logró implantar la severidad de costumbres dando excesivas atribuciones al poder marital y paterno. La dependencia de la mujer se echaba de ver en todo. La reclusión de Oriente se convirtió en deber, en obligación moral, en virtud. De ahí los templos elevados á la diosa Pudor y los templos consagrados á la santidad del matrimonio; de ahí los censores, la institución dotal, las leyes suntuarias (2), el respeto á las matronas, y todas las disposiciones del Derecho Romano. Por eso tres violaciones perpetradas ó intentadas fueron tres revoluciones, y por eso la aparición de las mujeres en la escena política fué un gran acontecimiento solemnizado por decretos. Aquellas ilustres romanas, condenadas á no ser más que esposas y madres, pasaron su vida en el retiro, dedicadas únicamente á educar á los señores del mundo. Roma no tuvo cortesanas, porque su juventud estuvo empleada en eternas guerras. Si se presentó más tarde la disolución, fué motivada por el despotismo de los emperadores, y aun así y todo, eran aún tan vivas las preocupaciones nacidas de

(1) Nombre que daban los griegos al piso superior de sus casas destinado para habitación de las mujeres.—(N. del T.)

(2) Leyes destinadas á poner tasa en los gastos.—(N. del T.)

las antiguas costumbres, que Roma no vió nunca mujeres en el teatro. Estos hechos no dejarán de ser útiles en esta rápida historia del matrimonio en Francia.

Conquistadas las Galias, los romanos impusieron sus leyes á los vencidos; pero fueron impotentes para destruir el respeto que nuestros antepasados sentían por las mujeres y aquellas antiguas supersticiones que eran consideradas como órganos inmediatos de la divinidad. Las leyes romanas acabaron sin embargo por reinar exclusivamente en este país, llamado en otro tiempo de *derecho escrito*, que representaba á la *Galia Togata*, y sus principios conyugales penetraron más ó menos en los países de *costumbres*.

Durante este combate entre las leyes y las costumbres, los francos invadían la Galia, á la que dieron el nombre de Francia. Estos guerreros, venidos del Norte, traían consigo el sistema de galantería nacido en sus regiones occidentales, donde el hombre, en aquellos glaciales climas, no necesita pluralidad de mujeres, ni las celosas precauciones de Oriente. Lejos de eso, para ellos, la mujer, casi divinizada, daba calor á la vida privada con la elocuencia de sus sentimientos. Los sentidos adormecidos solicitaban esa variedad de medios enérgicos y delicados, esa diversidad de acción, esa irritación del pensamiento y esas quiméricas barreras creadas por la coquetería, sistema del que hemos desarrollado algunos principios en esta primera parte, y que conviene admirablemente al templado suelo de Francia.

En Oriente, pues, la pasión y su delirio, los largos cabellos negros y los harenes, las divinidades amorosas, la pompa, la poesía y los monumentos. En Occidente, la libertad femenina, la soberanía de las rubias cabelleras, la galantería, las hadas, las magas, los profundos éxtasis del alma, las dulces emociones de la melancolía y los amores duraderos.

Estos dos sistemas salidos de dos puntos opuestos del globo vinieron á luchar en Francia; en Francia, donde una parte del suelo, la que hablaba la lengua de Oc (1), podía recrearse con las creencias orientales, mientras que la otra, la que hablaba la lengua de Oil, era la patria de esas tradiciones que atribuyen un poder mágico á la mujer. En el

(1) Lengua de Oc es la que se hablaba en la parte sur del Loira, y lengua de Oil es la que se hablaba al Norte.—(N. del T.)

país donde se hablaba la lengua de Oil, el amor pide misterios; en donde se hablaba la de Oc, ver es amar.

En lo más empeñado de esta lucha, el cristianismo llegó á triunfar en Francia, y vino predicado por mujeres, vino consagrando la divinidad de una mujer que, en los bosques de Bretaña, de la Vendée y de los Ardenes, ocupó, bajo el nombre de Nuestra Señora, el lugar de más de un ídolo, en los troncos huecos de las seculares encinas druidicas.

Si por una parte la religión de Cristo, que, más que otra cosa, es un código de moral y de política, concedía alma á todos los seres racionales, proclamaba su igualdad ante Dios y justificaba con sus principios las doctrinas caballerescas del Norte, por otra, estos mismos principios estaban contrarrestados por la residencia del soberano pontífice en Roma, que se había constituido en heredero de dicha religión cristiana, por la universalidad de la lengua latina, que llegó á ser la de Europa en la Edad media, y por el poderoso interés que manifestaron los monjes, los escribas y los legisladores porque triunfasen los códigos hallados por un soldado en el saqueo de Amalfi (1).

Los principios de la soberanía y de la esclavitud de la mujer permanecieron frente á frente, enriquecidos ambos con nuevas armas.

La ley sálica, error legal, hizo triunfar la esclavitud civil y política, sin destruir por eso el poder que las costumbres daban á las mujeres, pues el entusiasmo que se apoderó de Europa por la caballería, sostuvo el partido de las costumbres contra las leyes.

Así se formó el extraño fenómeno que ofrece desde entonces nuestro carácter nacional y nuestra legislación; pero, desde aquellas épocas que parecen ser la víspera de la revolución, cuando un criterio filosófico se remonta hasta ellas y considera la historia, ve que Francia ha sido presa de multitud de convulsiones: el Feudalismo, las Cruzadas, la Reforma, la lucha entre el trono y la nobleza, el despotismo y el sacerdocio, la han estrechado tan fuertemente entre sus brazos, que la mujer ha continuado siendo el blanco de las

(1) El autor se refiere, sin duda, al código de las *Pandectas*, conocido también con el nombre de *Tablas de Amalfi*, á causa de haber sido encontrada una copia de aquéllas en dicha ciudad, el año 1137.—(N. del T.)

extravagantes contradicciones nacidas del conflicto de los tres acontecimientos principales que acabamos de reseñar. ¿Era posible que se ocupasen de la mujer, de su educación política y del matrimonio, cuando el Feudalismo amenazaba el trono, cuando la Reforma les amenazaba á ambos, y cuando el pueblo permanecía olvidado entre el sacerdocio y el Imperio? Como dice la señora Necker, las mujeres fueron, durante aquellos grandes acontecimientos, una cosa parecida á esas tiras de papel con que se embalan los cajones de porcelana: no se hace caso de ellas, y sin ellas todo se rompería.

La mujer casada fué entonces en Francia algo así como una reina vigilada, una esclava libre al par que prisionera. Las contradicciones hijas de la lucha de los dos principios estallaron dentro del orden social y produjeron infinidad de extravagancias. Como era poco conocida físicamente la mujer, lo que fué en ella enfermedad, se tachó de prodigio, de hechicería ó como el colmo de la malevolencia. Consideradas por las leyes como hijos pródigos y puestas bajo tutela, eran deificadas por las costumbres. Semejantes á los libertos de los emperadores, disponían de coronas, batallas, fortunas, tramaban golpes de Estado, crímenes, virtudes, todo con el poder de sus miradas, pues no poseían nada; ni siquiera se poseían á sí propias. Pero no por eso dejaron de ser felices. Armadas con su debilidad, y fuertes con su instinto, se lanzaron fuera de la esfera en que las leyes debían colocarlas, mostrándose omnipotentes para el mal, impotentes para el bien, sin mérito en sus forzosas virtudes y sin excusa para sus vicios; acusadas de ignorancia y privadas de educación, no eran, ni madres del todo, ni esposas del todo. Como tenían tiempo sobrado para incubar pasiones y desarrollarlas, se dejaban llevar por la coquetería de los francos, en lugar de permanecer, como las romanas, educando guerreros en el interior de sus castillos. Como no había ningún sistema que imperase del todo en la legislación, las imaginaciones siguieron su inclinación, y se vieron tantas *Marions Delormes* (1) como *Cornelias* (2), tantas vir-

(1) Cortesana francesa, célebre por sus aventuras, que vivió en la corte de Luis XIII.—(N. del T.)

(2) Cornelia, hija de Scipión el Africano y madre de los Gracos, quedó viuda con doce hijos; se consagró por completo á su educación, y, según se